

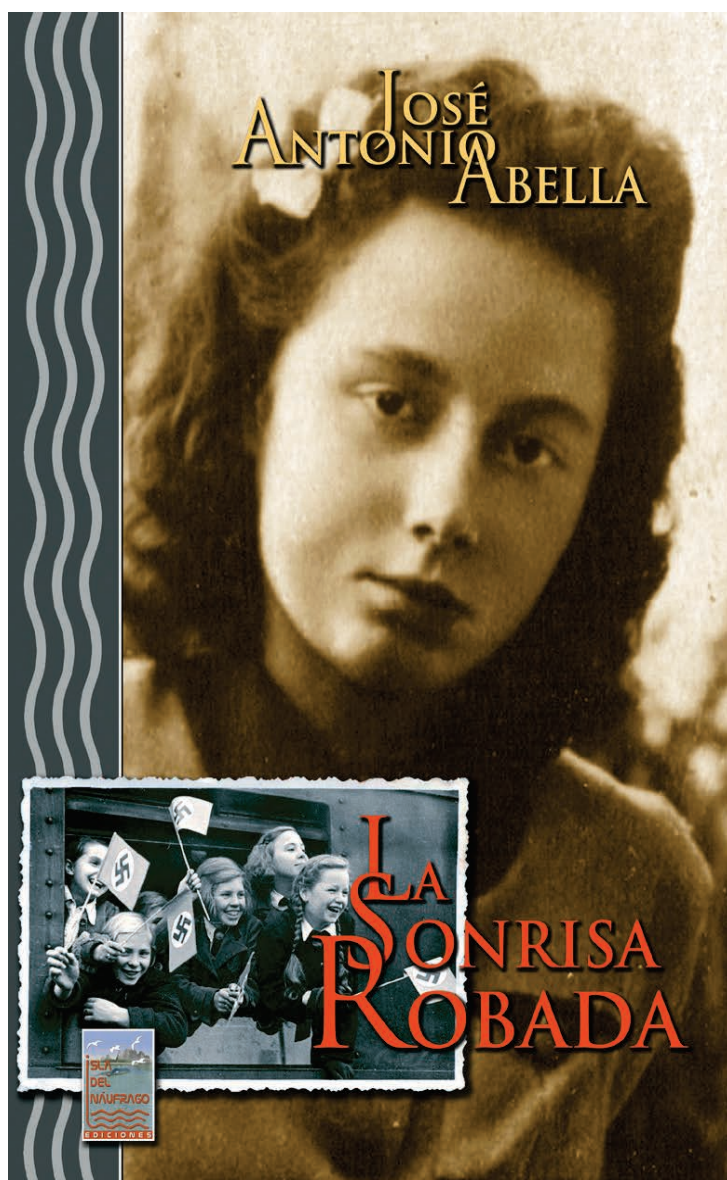


LA SONRISA ROBADA

José Antonio Abella

634 Páginas - 20 Euros

PREMIO DE LA CRÍTICA DE CASTILLA Y LEÓN
MEJOR OBRA DEL AÑO 2013



‘La sonrisa robada’, de José Antonio Abella, Premio de la Crítica de Castilla y León

Una novela “ambiciosa, difícil y conseguida”, según Gonzalo Santonja

05.03.14 - 15:01 -

Pablo Garcinuño | [Ávila](#)

‘La sonrisa robada’, de José Antonio Abella, ha sido la obra ganadora del XII Premio de la Crítica de Castilla y León. Se trata de una novela “ambiciosa, difícil y conseguida”, según señaló ayer, en Ávila, Gonzalo Santonja, copresidente del jurado junto con Carlos Aganzo, al darse a conocer el fallo. El escritor burgalés se impuso así a los otros ocho finalistas: Juan Pedro Aparicio, Eduardo Fraile, José Manuel de la Huerca, Julio Llamazares, Luis Javier Moreno, Moisés Pascual Pozas, Agustín Remesal y Francisco Rodríguez Adrados.



Jose Antonio Abella con su libro 'La sonrisa robada'. / Henar Sastre

La obra elegida es “una novela muy arriesgada” que “puede gustar a un público muy diverso”, según afirmó Pedro Ojeda, de la Universidad de Burgos, uno de los portavoces del jurado. El protagonista es el poeta español José Fernández Arroyo y la historia se fundamenta en la correspondencia que éste intercambia, entre enero de 1949 y diciembre 1953, con la joven alemana Edelgard Lambrecht. La obra de Abella relata el sufrimiento del pueblo alemán tras la caída del nazismo y el sueño de toda una generación que “tiene que reencontrarse” tras la II Guerra Mundial. Ojeda destacó, “por su belleza”, los “extraordinarios” inicios de los capítulos.

La jefa de la sección de Cultura de El Norte de Castilla, Angélica Tanarro, también portavoz del jurado, se encargó de repasar la trayectoria del ganador, quien “se ha impuesto a nombres más conocidos y más mediáticos”. José Antonio Abella, médico de profesión comprometido con distintas causas sociales, publicó su primera novela, Yuda, en 1992 y desde entonces ha llevado a cabo una sólida carrera literaria. ‘La sonrisa robada’ es, en opinión de Tanarro, “su mejor obra” por “su originalidad y complejidad”.

Mucha calidad

El director de Políticas Culturales de la Junta de Castilla y León, José Ramón Alonso, destacó la “calidad” tanto de los miembros del jurado como de las obras finalistas, donde se combinaron distintos géneros y “personas con una trayectoria consolidada con personas emergentes que están todavía creando lenguajes nuevos”. “Los tiempos de crisis suelen ser tiempos enormemente creativos en la cultura”, añadió.

Por su parte, el alcalde de Ávila, Miguel Ángel García Nieto, agradeció al Instituto Castellano y Leonés de la Lengua que haya elegido la capital abulense, por segundo año consecutivo, para fallar el Premio de la Crítica. “Para nosotros es un privilegio –afirmó–. Ávila es una ciudad de letras, ya que tenemos unos escritores actuales y de pasado formidables”.

Hay que recordar que el ganador de la pasada edición del Premio de la Crítica de Castilla y León fue el escritor, ensayista y poeta José María Merino, por su obra ‘El río del Edén’.

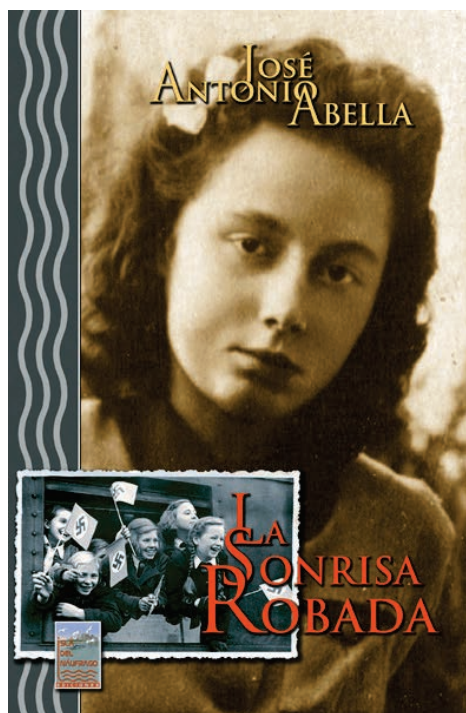


José Antonio Abella nació en Burgos, en 1956. Estudió Medicina en Valladolid, finalizando la carrera en 1979. Desde entonces ha compaginado su profesión de médico rural con la creación escultórica y literaria.

Hasta la fecha, ha publicado cuatro novelas:

- **Yuda.** (Ed. Tertulia de los martes, 1992; 2ª Ed. 2006).
- **La esfera de humo** (Ed. Grijalbo Mondadori, 1995).
- **Crónicas de Umbroso** (1ª Ed. Anaya, 2001; 2ª Edición. SEP - México, 2002: Edición de 85.000 ejemplares destinados a bibliotecas escolares en el Plan Nacional de Fomento de la Lectura).
- **La tierra leve** (Abadía Editors, 2006).

También ha publicado el libro de relatos **Unas pocas palabras verdaderas (y otros falsos relatos)** –Ed. Isla del Náufrago, 2011– en el que se incluye el cuento titulado “El fin de las palabras”, que fue galardonado en noviembre de 2008 con el prestigioso premio “Hucha de Oro”. Con anterioridad había recibido los premios de relato Encarna León (Melilla, 2004) y Emiliano Barral (Segovia, 2002).



Entre enero de 1949 y diciembre 1953, la joven alemana **Edelgard Lambrecht** y el poeta español **José Fernández-Arroyo** intercambiaron una intensa correspondencia que marcaría la vida de ambos. Basada en las cartas de Edelgard que obran en poder del autor, en el diario de José (*Edelgard, diario de un sueño*, Biblioteca de Autores Manchegos) y en años de investigación documental sobre la II Guerra Mundial y su posguerra inmediata, esta novela constituye un singular testimonio del sufrimiento del pueblo alemán tras la caída del nazismo, cuyos innumerables crímenes no sirven de justificación a la barbarie que las tropas aliadas, especialmente las soviéticas, ejercieron sobre la población civil de un país convertido en ruinas. En esa oculta tragedia, los quince

millones de alemanes expulsados de sus hogares en Prusia, Pomerania, Silesia o los Sudetes (de los que dos millones murieron durante la deportación) merecen más que una pequeña mención en los libros de Historia. *Todo lo perdimos* –escribe Edelgard Lambrecht en una de sus primeras cartas–: *nuestra madre, nuestros dos hermanos y otros parientes próximos, la patria y los bienes; también nuestra salud sufrió mucho...* De ello trata esta novela, pero también, y sobre todo, de la capacidad para sobreponerse al infortunio, del amor a la vida, del amor a todo lo que en la vida merece ser amado.

Sobre Edelgard

*Comentario de **Luis Alberto de Cuenca**, en el diario ABC (tras la lectura de "Edelgard, diario de un sueño", diario personal del poeta José Fernández-Arroyo)*

"Edelgard es una joven alemana de Stettin que, brutalmente desalojada de su hogar por las tropas de liberación ruso polacas al finalizar la Segunda Guerra Mundial (1945), consigue finalmente refugiarse en Flensburg (Schleswig-Holstein) en compañía de su padre y de su hermana Sigrid. Edelgard es también, a juzgar por las maravillosas e inolvidables cartas que dirige durante más de un lustro al autor de «Diario de un sueño», la personificación más delicada, tierna y exquisita de Ewigweiblich o «eterno femenino» que me he echado a mis ojos de lector compulsivo en los últimos años (por lo menos). Sólo si pienso en la dulcísima Margarita del Fausto goetheano o en la deslumbrante Inés de Santorcaz que Galdós nos regala en la primera serie de sus Episodios Nacionales, se me dibujan en la mente perfiles arquetípicos comparables al que representa Edelgard".

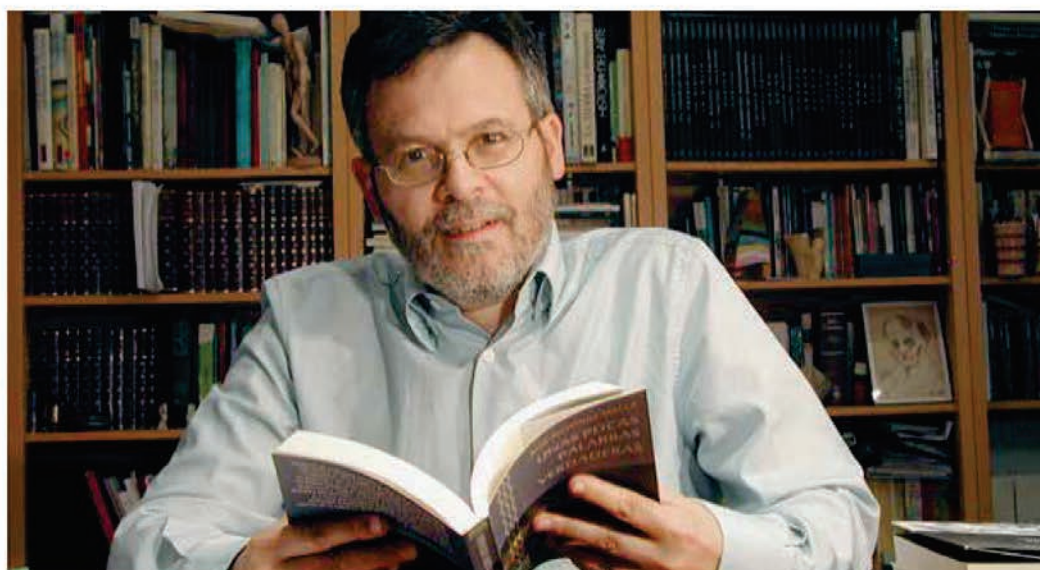
“La sonrisa robada” de José Antonio Abella

Ed. Isla del Náufrago, 2013

■ Yolanda Izard

Todos sabemos lo que significaron Hitler y el Tercer Reich en la Segunda Guerra Mundial, cuánto horror, odio ciego y devastación enterraron a millones de inocentes en campos de concentración expresamente diseñados para escarnecer, humillar y destruir por completo la vida y la dignidad humanas. La sola evocación de aquel tiempo y aquellas guaridas donde se aniquiló cualquier tipo de bondad o empatía encoge aún nuestra alma, nuestro sentido de la vida, nuestra decencia como especie. Hemos asistido a la disección milimétrica de nuestra historia aún viva como quien descubre la tiniebla en el mundo. Historiadores, novelistas y filósofos han descrito, investigado y reflexionado sobre los hechos, las características y las consecuencias de un movimiento de

masas que cercenó todos los valores humanos pacientemente almacenados, descritos e interiorizados durante los últimos siglos de la historia occidental. Sin embargo, son pocos los que conocen la otra parte de la historia. Los denigrantes excesos cometidos en Alemania por las tropas aliadas en la Segunda Guerra Mundial, especialmente los soviéticos, sobre las grandes ciudades alemanas y su población cuando la guerra ya estaba prácticamente ganada o cuando podían haberse evitado. Una perspectiva poco común que solo unos poquísimos valientes han tratado de clarificar, tocados por la necesidad de completar un vacío absurdo, de abrirle las entrañas a la historia para sacar a la luz la verdad contra todo maniqueísmo.



José Antonio Abella ha sido uno de ellos. Una labor de zapa de la historia, apoyada en un hecho real, le sirve para contar minuciosamente lo que ocurrió en esa otra parte de la historia que ha vivido agazapada y secretamente, oculta por los grandes hechos, decisiones y personajes que manejan el mundo. Estamos hablando, naturalmente, de la intrahistoria. De esos seres humanos anónimos, víctimas también, aunque alemanes y por tanto pertenecientes a una sociedad culpable, de otros horrores que tampoco merecían. José Antonio Abella escribe una novela de casi setecientas páginas, "La sonrisa robada", movido por una fascinante historia de amor entre un joven poeta español, José Fernández-Arroyo y una jovencísima alemana, Edelgard Lambrecht, que a los veintitrés años de edad, y entre 1949 y 1953, desnudan su corazón en una fecunda y amorosa relación epistolar a la que el autor tiene acceso gracias a su amistad con el propio Fernández-Arroyo, que previamente había publicado cartas y notas con el título "Diario de un sueño". Los avatares que debe padecer el joven en su viaje hacia Alemania para conocer a la joven de sonrisa enigmática forman la primera escala o eje estructural de la novela. No menos importante es el despliegue documental de que hace gala José Antonio Abella para reconstruir el segundo eje, el de la vida anterior de Edelgard, en plena guerra. Un recorrido basado en una labor documental tan rigurosa y exhaustiva como esforzada que desemboca en el tercer eje, el de la propia odisea que vive el autor para hallar en Alemania los antecedentes de la joven y cuanto documento le ayuden a reconstruir su desgraciada vida y la de su familia. Imbricada de manera íntima a este, la columna vertebral de la historia recorre con su insoportable magnitud de dolor e infamias este intento de representación de un mundo corroído por la ignominia. En este sentido, "La sonrisa robada" puede considerarse una novela documental basada en hechos históricos documentados con rigor y contrastados.

La novela, como se ve, trata de representar el mundo de aquellos años en su aberrante totalidad. Pero quizá lo que más conmueve, lo que más interesa, es la percepción por parte del autor de lo que debe ser una novela histórica frente a la historia con mayúsculas, que olvida humanizar y acercar a los seres humanos anónimos y suele contentarse con la presencia de meros personajes que deciden, con su poder constante, sobre la vida y la muerte, sin hablar jamás del sufrimiento que generan. Porque José Antonio Abella decide estudiar y comprender la historia de la posguerra alemana y la historia de Edelgard de modo simultáneo, mostrar sus indeclinables imbricaciones.

Abella sabe que si hay algo con lo que de verdad nos debemos identificar desde una perspectiva ética es con la fragilidad humana, la gran víctima de todos los demonios de la historia. Nada de lo humano le es ajeno: "Homo sum, humani nihil a me alienum puto", escribió Publio Terencio Africano hace casi veintitrés siglos, tiempo más que suficiente para que como seres humanos lo hubiéramos aplicado en nuestras vidas. Quizá por esto, Abella decide recomponer los mosaicos esparcidos, rotos o perdidos de una parte esencial de la historia contemporánea que todavía hoy se considera tabú, a partir de la recomposición de esas otras teselas rotas o perdidas propias de la intrahistoria, la desgarradora vida de Edelgard y su familia, y lo hace desde el impulso de desvelar la verdad sin tapujos, y de hacerlo con un estilo poderoso. Por no hablar de un enorme trabajo de investigación que le lleva a viajar hasta tres veces a Alemania para entrevistar a cuantos podían ayudarle a reconstruir determinantes episodios de la desgracia de esta familia. Tanto que no estaría desacertada si considerara que esta novela son dos novelas en una pues la historia de las investigaciones del autor —que es también narrador

y protagonista— adquiere un peso semejante en el libro y resulta no menos interesante y absorbente que la conmovedora de Edelgard. Y es que Abella parte de la firme voluntad de aplicar su oído a la escucha atenta y entrañada de un alma humana como modo de dilucidar los entresijos de la historia. De este modo, se aleja de la fría manipulación de cifras, acciones bélicas y hechos abstractos de apariencia real y objetiva, que tantas veces desvirtúan el verdadero conocimiento del alcance del horror y del sufrimiento humano, para adentrarse en un alma, una solitaria alma, frágil, desvalida y enferma, que es a la postre el arquetipo de cualquier víctima de las frías y deshumanizadas decisiones tomadas desde lo alto y desde lo lejano por seres insensibles, que mueven sus fichas sobre un plano en lugar de hacerlo sobre el corazón de un hombre.

Decía José María Merino que el problema de los historiadores es que no han leído literatura, y estoy totalmente de acuerdo pues la historia no se suele escribir con el corazón. Por eso leer este libro merece la pena. Porque el lector va a encontrarse con todo lo que precisa un hombre para entender el sufrimiento y entender su génesis en las circunstancias que lo han alentado. Una novela debe justificarse por sí misma como hecho literario, no tiene por qué cumplir una función social. Bastaría decir, pues, que *La sonrisa robada* es importante porque está muy bien escrita y su estilo es hipnótico, porque su carga de lirismo y de profundidad son admirables, porque su lectura es amena y absorbente, tanto que se lee sin respiro, y porque además retiene en sus más de 600 páginas toda la utilidad necesaria para ir ganándonos el corazón. Pero es que además se trata de una novela realmente interesante, y uno aprende con ella a revisar y reconstruir la verdadera memoria de la historia europea y a obtener aclaraciones y respuestas a episodios nunca suficientemente explicados o voluntariamente obviados por prejuicios o por posturas hipócritas.

La corta y triste vida de Edelgard, lo repite en la novela su autor, podría entenderse como trasunto de la propia historia de la Alemania de aquellos años, entre los primeros de la Segunda Guerra Mundial, de entusiasmo desatado, hasta la inmediata posguerra, de caída en los infiernos. Alemania pasó de la inicial euforia, convocados sus habitantes por el relato de un mundo de presunta felicidad y de seres perfectos y la concienzuda manipulación de sus conciencias —"millones de gargantas gritando estupideces al paso de un demente visionario" como Hitler— al más estrepitoso fracaso de estos ideales. Abella recoge una observación que no deberíamos nunca olvidar: "temo a los idealistas /.../ Las peores barbaries de la historia de la humanidad han sido llevadas a cabo por los idealistas, hombres imbuidos por el alto deber de transmitir al resto de la humanidad la verdad incuestionable de la que son depositarios" (p. 519)

Dicho esto, conocido por todos, pasamos a lo que es menos conocido, pues, repito, casi todos los libros, documentales y películas que hemos visto y leído han sido extraídos de la memoria de los aliados, los vencedores, pero como seres a los que nada de lo humano nos debe ser ajeno, agradecemos a Abella que haya recuperado, y denunciado, la cara oculta de una desgarradora verdad. Los bombardeos sistemáticos sobre ciudades alemanas ya arrasadas y sin especial interés logístico como Bremen o Stettin, la ciudad donde vivía Edelgard con su hermana menor y de la que fueron deportadas junto a otros quince millones de personas procedentes de Pomerania, Prusia, Silesia o los Sudetes, que perdieron sus hogares, sus raíces, a sus seres queridos, su memoria, y entre las que murieron más de dos millones; las violaciones por parte de los soviéticos de millones de niñas y mujeres que ocasionaron dos millones de embarazos y de los que vinieron al



mundo más de 150.000 bebés rusos en el primer año después de la guerra, violaciones que, en palabras del autor, “respondieron a un programa sistemático de humillación y dominio”. Las miles de mujeres que a consecuencia de estas violaciones se quitaron la vida. Más de mil aviones de la RAF bombardearon Stettin sobre los propios escombros “convirtiendo a la ciudad en una inmensa hoguera que tardó muchos días en apagarse”, una tormenta de fuego con temperaturas de 1000 grados y vientos huracanados de 200 km por hora. Todos estos horrores históricos, que acaban convirtiendo a la novela en un alegato contra la guerra, se pueden resumir en la historia de una sonrisa robada, rota para siempre. La de Edelgard, que tenía trece años cuando comenzó la guerra, y que dejó de sonreír por causas que Abella nos describe después de una exhaustiva investigación que no puedo desvelar pues es una parte importante del suspense del libro.

Pues Edelgard, de edad parecida a la que tenía Ana Frank cuando desapareció en Auschwitz, estaba destinada, como ella, si las zarpas de la historia no hubieran dado fatalmente la vuelta a su suerte, a vivir una vida refinada, aunque corta, rodeada de música y, seguramente, de mucho amor. Sus cartas, que podríamos considerar dentro de lo que Heinrich Böll llamó “teología de la ternura”, muestran la verdadera delicadeza de un alma “que no era de este mundo”, en palabras del poeta Fernández-Arroyo, pues sabía “penetrar en el alma de las cosas”. En cambio, a Edelgard le tocó una vida breve de terrible enfermedad –murió a los 44 años- después de ser torturada y escarnecida durante la guerra y la inmediata posguerra y haber perdido a consecuencia de ella a casi toda su familia.

Cuando Hans Schnitzler, el protagonista de la primera novela de Böll, *El silencio del ángel*, regresa a su arrasada ciudad natal, Colonia, el día 8 de mayo de 1945, día de la capitulación alemana, el primer rostro que ve, indemne entre las ruinas, es el de la estatua de un ángel que sonríe de modo misterioso. Su sonrisa puede interpretarse como un mensaje de esperanza, una invitación a vivir. Pero Edelgard, que carece de sonrisa, debe inventarse un mundo paralelo para poder sobrevivir a la

memoria del horror. Un refugio de belleza y de amor con el que llenar lo que W. G. Sebald llamó “la nostalgia insaciable de los exiliados” en su conmovedor libro *Los emigrados*, que tantos paralelismos guarda con *La sonrisa robada* en cuanto a, primero, la indagación del propio autor en la vida de sus personajes para describir su verdad: el desesperado desarraigo provocado por el exilio y, segundo, la presencia de fotografías que ilustran sus relatos. Las de *La sonrisa robada* son, por cierto, indispensables para rememorar imágenes de la destrucción y para comprender el misterio de Edelgard, de su sonrisa y su cuerpo desvalidos, de esa belleza inteligente, sensible y llena de secretos que José Antonio Abella al fin consigue para sus lectores desentrañar.

Me gustaría terminar recordando que solo puede entenderse la historia si convoca en nosotros la misma fiebre que tuvieron los hechos en el pasado, un delirio semejante, un trasunto de unas secuelas parejas. Así, como ve Abella a Edelgard, nos gustaría también que nos vieran: no como a un engranaje más de una cadena social sino como a un cuerpo único y sagrado dotado de capacidad de sentir, que ha amado, soñado, sufrido y ha podido ser, incluso, víctima de todos esos demonios que viven enmascarados entre los hombres. Porque en una sociedad culpable también hay muchas víctimas inocentes.

Con hondura y delicadeza, sin prejuicios, con un profundo sentimiento de estar haciendo justicia, así Abella se ha adentrado en el corazón de Edelgard Lambrecht, en la que habita también, aunque ella no quiera recordarlo, el corazón de las tinieblas. Como Conrad, también Abella habla del horror. Puede leerse en el triste rostro fotografiado de Edelgard la desesperanza del mundo. La melancolía. El fin de un mundo, como en la película de Lars Von Trier, engullido para siempre por el planeta *Melancolía*. Los mismos sentimientos que ella quizá habría tenido cuando la realidad de su vida hubiera roto para siempre el ensueño –el *Träumerei* de Schumann que tanto le gustaba interpretar al piano- con el que trató de redimir la violencia del mundo.



30 de septiembre de 2013

LA SONRISA ROBADA

La sonrisa robada. José Antonio Abella. Isla del Náufrago, Segovia, 2013, 632 págs., 20€. De venta exclusivamente en www.isladelnaufrago.com

Por José Miguel López-Astilleros

José Antonio Abella (Burgos, 1956) es médico, escultor y escritor. Vive en Segovia, donde desarrolla con acierto estas tres actividades. Como escritor, entre sus últimos trabajos destaca el excelente libro de cuentos *Unas pocas palabras verdaderas y otros falsos relatos* (Isla del Náufrago, 2010). También es el responsable de la editorial mencionada, que ofrece una edición de alta calidad, cuyos libros se venden sólo a través de su página web, sin gastos de envío; sólo así es posible que el 75% de los beneficios se dediquen a seguir editando y el 25% restante a proyectos de cooperación.

Lo primero que habría que decir de esta novela es que estamos ante una hermosa historia de amor entre el poeta manchego del postismo José Fernández-Arroyo y Edelgard Lambrecht, una joven alemana cuyo padre era oficial de las SS durante la Segunda Guerra Mundial. José Antonio Abella, tras leer los diarios del poeta *Edelgard, diario de un sueño, 1948-1953* (Libros del Innombrable, 1991) y *No es un sueño* (Libros del Innombrable, 2007), queda fascinado por el intercambio epistolar que mantuvieron ambos entre enero de 1949 y diciembre de 1953. Fernández-Arroyo animó al escritor a que plasmara en una novela la apasionada y dificultosa relación que mantuvieron. Con este deslumbramiento y esta sugerencia, arranca una investigación que duró tres años y que fructificó en este magnífico libro.

A través de los diarios de José, las cartas de Edelgard, las pesquisas y el primoroso novelar de Abella, que coincide con la voz narrativa que sirve de hilo conductor y aglutinante, nos adentramos en el alma de los dos protagonistas principales, que irán desnudando sus corazones uno al otro, hasta crear entre ellos unos lazos más fuertes que el tiempo, como demuestran sus testimonios. Pero esta historia quedaría incompleta sin la revelación de la compleja personalidad de otros personajes, que están estrechamente imbricados entre sí, sobre todo con Edelgard, quien nos presenta a su no menos fascinante hermana, Sigrid, y a su padre, Oskar Lambrecht, además de otros personajes esenciales en la evolución de ella misma y de los sucesos que le cuenta a su amado. Respecto a José, la aparición de Lolita, su futura esposa, tiene una importancia vital tanto en su vida como en la novela, de quien Abella, con una delicadeza de orfebre, nos muestra su enorme ternura, comprensión, generosidad y talla humana.

Pero *La sonrisa robada* no es sólo una novela de personajes, de personas sería mas exacto decir; también es la novela de un tiempo histórico convulso y desgraciado. Con las palabras de José, Edelgard y Abella asistimos a la reconstrucción de unos trágicos acontecimientos que tuvieron lugar durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Lo novedoso, o mejor, lo particular del planteamiento de esta obra es que, mientras hay miles de libros que nos cuentan los horrores cometidos por el ejército nazi, la perspectiva que se nos ofrece es la contraria, a saber, los horrores que cometieron las tropas rusas y los aliados en su camino hacia Berlín: saqueos, violaciones, torturas, asesinatos y vejaciones sin límite, que prueban que la crueldad siempre es patrimonio de los vencedores, sea por venganza o por simple brutalidad, ejemplo de ello es la dramática narración del bombardeo indiscriminado sobre Stettin y Dresde. Si el autor exhibe una cuidada exquisitez en el tratamiento de los personajes, aquí también está presente ese cuidado, puesto que no hay defensa ideológica o política que no emane del punto de vista humano de los que sufren, desde el que están presentados los hechos; tanto es así, que hay algunos momentos en que los crímenes cometidos contra los judíos y la población civil alemana están situados en el mismo bando, en el de las víctimas causadas por la ferocidad y la iniquidad del ser humano contra sus semejantes. Será el lector quien habrá de extraer la lección moral, ¿cabe mayor respeto y sutileza?

Una novela sobre la fuerza del amor verdadero, la generosidad y la entrega incondicional, pero también sobre la maldad y el dolor. Escrita con un estilo magnético y subyugante, que hace difícil abandonar su lectura una vez comenzada.

Nicolás Miñambres

72 ARTES & LETRAS
Castilla y León

SÁBADO 23 DE MARZO DE 2013 ABC
abc.castilla-leon

Dramas humanos, sentimientos imposibles

Abella novela la relación epistolar entre la joven Edelgard Lambrecht y el poeta José Fernández Arroyo, donde se refleja la dolorosa postguerra del pueblo alemán

Por Nicolás Miñambres

Libros



No es arriesgado pensar que en la calidad de una obra como *La sonrisa robada* influyen factores diversos, como la amplia carrera literaria de José Antonio Abella, su autor, y la complementación de otras actividades como la escultura y la Medicina. A todo ello hay que añadir un punto de fortuna: la conexión humana que el poeta segoviano Javier Moreno facilita al autor para conocer a José Fernández-Arroyo y a su esposa Lolita Juan Merino. No acaban aquí las coincidencias, es necesario también conocer su obra. Perteneciente al grupo de los poetas del Posismo, José Fernández-Arroyo mantuvo una intensa actividad artística, tanto en lo literario como en lo pictórico y en la escultura del hierro. En literatura cultivó diversos géneros: poesía, prosa, trabajos científicos y diarios, recogidos en *Edelgard, diario de un sueño, 1948-1953* (1991) y continuados en *No es un sueño* (2007). Los diarios incluyen la correspondencia epistolar del poeta con la joven alemana Edelgard Lambrecht entre enero de 1949 y diciembre de 1953. Fernández-Arroyo es quien anima al escritor, que ha leído esos diarios, a escribir esta novela. A la sugerencia del poeta («Se debería escribir una novela con esta historia») y la contestación del novelista («Ya está escrita -le respondo-»), Fernández-Arroyo le anima: «Tú deberías escribirla».

El conocimiento de esa experiencia epistolar es la semilla de la obra. Con la lectura de los diarios, el autor se siente atraído de forma inexplicable, especialmente por la enigmática personalidad de la chica alemana: «¿Pero qué había, qué hay en aquellas cartas para que el hechizo se prolongue más allá de su tiempo y de su destinatario?» (p. 24).

Avatares personales

Esta serie de felices coincidencias explican en buena medida la génesis y los atractivos de la obra, de extensión poco frecuente en la narrativa española actual. La sonrisa robada incluye dos elementos esenciales: la vida (materializada en situaciones diversas y momentos dramáticos) y la creación, con múltiples registros narrativos. Junto a la vida plena de sentimientos reflejados en los tres diarios (las cartas de Edelgard, las del poeta, sus diarios y el de su esposa, «Los cuadernos de Lolita») el proceso narrativo ofrece un gran interés. Incluso el novelista, en la crónica literaria del avance de sus descubrimientos, escribe su propio cuaderno de bitácora.

La impresión humana vivida por el autor, obsesionado por averiguar la vida de Edelgard, muerta en 1970, le obliga a indagar

sobre ello y sobre el destino de su familia, denunciando los efectos terribles de la Segunda Guerra Mundial, después de la caída del Nazismo. Hay en ello una clara actitud de reivindicación de los muertos, o de los débiles: «En esa oculta tragedia -ha escrito el autor- los quince millones de alemanes expulsados de sus hogares en Prusia, Pomerania, Silesia o los Sudetes (de los que dos millones murieron durante la deportación) merecen más que una pequeña mención en los libros de Historia».

Para llevar a cabo esa investigación viaja a Alemania, lo que hace de la experiencia un apasionante libro de viajes espiritual, con los protagonistas de la obra rescatados a través de sus diarios y las tribulaciones creativas actuales del novelista. De ahí el juego constante en el manejo del tiempo: en pasado, a través de los diarios, y en presente, con la presencia del autor y su relación con Fernández-Arroyo y su esposa. Ella, de gran condición intelectual y humana, confiesa la extraña relación para con el marido, especialmente antes de comprometerse formalmente. No es extraño que después confesara irónicamente: «Me casé con un viudo», aunque recordara con afecto a Edelgard, conservando en casa algún recuerdo suyo.

La variedad de registros narrativos es abundante y compleja. El lector avanza sin aliento por estas páginas descubriendo paulatinamente la visión adolescente y espontánea de la chica alemana y la de la formación médica de Fernández-Arroyo. Pero el lector asiste además al proceso creativo, verdadera obsesión para el autor, casi derrotado en muchos momentos por el esfuerzo. Se repiten los viajes a Alemania, el éxito en las gestiones, el hallazgo de la tumba de Edelgard y el recuerdo de Fernández-Arroyo, como se observa en el regalo que para él traerá de Alemania: «Corto con el mayor cuidado dos de esas pequeñas ramas. Una es para José. Cuando regrese a España le hablaré de este árbol grande y sano. Le diré que duerme a la sombra de ese árbol, en el bosque más hermoso» (p. 235).

La novela avanza paralela al retroceso vital de Fernández-Arroyo, desesperanzado ya: «José me había confesado que lo único que le ataba a la vida eran Lolita y el deseo de leer estas páginas que ahora concluyen» (p. 580).

El final es la confluencia de todos los elementos humanos que el novelista ha manejado con excelente pulso literario y multitud de recursos expresivos. Todo desemboca en la desgarrada petición que Edelgard y José, separados por el espacio y el tiempo, hacen en momentos decisivos de su vida: «Tengo frío (...) abrid la ventana para que pueda entrar el sol». Es el final simbólico de una larga experiencia humana que José Antonio Abella ha universalizado con inusitada maestría.



LA SONRISA ROBADA
JOSÉ ANTONIO ABELLA
Isla del Naufragio
Segovia, 2013
622 páginas, 20 euros

Dramas humanos, sentimientos imposibles

Por Nicolás Miñambres

ABC 25/03/2013

Abella novela la relación epistolar entre la joven Edelgard Lambrecht y el poeta José Fernández Arroyo, donde se refleja la dolorosa postguerra del pueblo alemán

No es arriesgado pensar que en la calidad de una obra como *La sonrisa robada* influyen factores diversos, como la amplia carrera literaria de **José Antonio Abella**, su autor, y la complementación de otras actividades como la escultura y la Medicina. A todo ello hay que añadir un punto de fortuna: la conexión humana que el poeta segoviano Javier Moreno facilita al autor para conocer a **José Fernández-Arroyo y a su esposa Lolita Juan Merino**. No acaban aquí las coincidencias, es necesario también conocer su obra. Perteneciente al grupo de los poetas del Postismo, José Fernández-Arroyo mantuvo una intensa actividad artística, tanto en lo literario como en lo pictórico y en la escultura del hierro. En literatura cultiva diversos géneros: poesía, prosa, trabajos científicos y diarios, recogidos en *Edelgard*, diario de un sueño, 1948-1953 (1991) y continuados en *No es un sueño* (2007). Los diarios incluyen la correspondencia epistolar del poeta con la joven alemana Edelgard Lambrecht entre enero de 1949 y diciembre de 1953. Fernández-Arroyo es quien anima al escritor, que ha leído esos diarios, a escribir esta novela. A la sugerencia del poeta («-Se debería escribir una novela con esta historia») y la contestación del novelista («-Ya está escrita -le respondo»), Fernández Arroyo le anima: «-Tú deberías escribirla».

El conocimiento de esa experiencia epistolar es la semilla de la obra. Con la lectura de los diarios, el autor se siente atraído de forma inexplicable, especialmente por la enigmática personalidad de la chica alemana: «¿Pero qué había, qué hay en aquellas cartas para que el hechizo se prolongue más allá de su tiempo y de su destinatario?» (p. 24).

Avatares personales

Esta serie de felices coincidencias explican en buena medida la génesis y los atractivos de la obra, de extensión poco frecuente en la narrativa española actual. *La sonrisa robada* incluye dos elementos esenciales: la vida (materializada en situaciones diversas y momentos dramáticos) y la creación, con múltiples registros narrativos. Junto a la vida plena de sentimientos reflejados en los tres diarios (las cartas de Edelgard, las del poeta, sus diarios y el de su esposa, «Los cuadernos de Lolita») el proceso narrativo ofrece un gran interés. Incluso el novelista, en la crónica literaria del avance de sus descubrimientos, escribe su propio cuaderno de bitácora.

La impresión humana vivida por el autor, obsesionado por averiguar la vida de Edelgard, muerta en 1970, le obliga a indagar sobre ello y sobre el destino de su familia, **denunciando los efectos terribles de la Segunda Guerra Mundial**, después de la caída del Nazismo. Hay en ello una clara actitud de reivindicación de los muertos, o de los débiles: «En esa oculta tragedia -ha escrito el autor- los quince millones de alemanes expulsados de sus hogares en Prusia, Pomerania, Silesia o los Sudetes (de los que dos millones murieron durante la deportación) merecen más que una pequeña mención en los libros de Historia».

Para llevar a cabo esa investigación viaja a Alemania, lo que hace de la experiencia un apasionante libro de viajes espiritual, con los protagonistas de la obra rescatados a través de sus diarios y las tribulaciones creativas actuales del novelista. De ahí el juego constante en el manejo del tiempo: en pasado, a través de los diarios, y en presente, con la presencia del autor y su relación con Fernández- Arroyo y su esposa. Ella, de gran condición intelectual y humana, confiesa la extraña relación para con el marido, especialmente antes de comprometerse formalmente. No es extraño que después confesara irónicamente: «Me casé con un viudo», aunque recordara con afecto a Edelgard, conservando en casa algún recuerdo suyo.

La variedad de registros narrativos es abundante y compleja. El lector avanza sin aliento por estas páginas descubriendo paulatinamente la visión adolescente y espontánea de la chica alemana y la de la formación médica de Fernández-Arroyo. Pero el lector asiste además al proceso creativo, verdadera obsesión para el autor, casi derrotado en muchos momentos por el esfuerzo. Se repiten los viajes a Alemania, el éxito en las gestiones, el hallazgo de la tumba de Edelgard y el recuerdo de Fernandez-Arroyo, como se observa en el regalo que para él traerá de Alemania: «Corto con el mayor cuidado dos de esas pequeñas ramas. Una es para José. Cuando regrese a España le hablaré de este árbol grande y sano. Le diré que duerme a la sombra de ese árbol, en el bosque más hermoso» (p. 235). La novela avanza paralela al retroceso vital de Fernández-Arroyo, desesperanzado ya: «José me había confesado que lo único que le ataba a la vida eran Lolita y el deseo de leer estas páginas que ahora concluyen» (p. 580).

El final es la confluencia de todos los elementos humanos que el novelista ha manejado con excelente pulso literario y multitud de recursos expresivos. Todo desemboca en la desgarrada petición que Edelgard y José, separados por el espacio y el tiempo, hacen en momentos decisivos de su vida: «-Tengo frío (□) abrid la ventana para que pueda entrar el sol». Es el final simbólico de una larga experiencia humana que José Antonio Abella ha universalizado con inusitada maestría.

10 LA SOMBRA DEL CIPRÉS LECTURAS

viernes 25.03.13
EL NORTE DE CASTILLA

Los que sufren la historia

José Antonio Abella afronta en 'La sonrisa robada' su mayor reto narrativo, conjugar una hermosa historia de amor con una denuncia sobre los vencedores de la II Guerra Mundial

BERNARDINO GONZÁLEZ PÉREZ

Es José Antonio Abella (Burgos, 1956) autor conocido por sus cuatro novelas *Yuda* (1992), *La esfera de humo* (1995), *Crónicas de Umbroso* (2001), *La tierra leve* (2006) y por un libro de relatos de reciente aparición, *Unas pocas palabras verdaderas*. Pero es ahora, con *La sonrisa robada* (Ed. Isla del Naufrago, Segovia, 2013) cuando afronta su mayor reto narrativo hasta el momento: conjugar una hermosa historia de amor con una denuncia documentada de los sufrimientos que los vencedores de la II Guerra Mundial infligieron a los alemanes vencidos.

A modo de espiral, como las sucesivas ciruelas que genera una piedra arrojada al agua de un estanque, el lector va descubriendo esta estructura de la novela: la relación, fascinante y real, de una joven alemana, Edelgard Lambrecht, con el poeta español postista José Fernández-Arroyo; pero, como si no se conformara, el relato crece connotándose hasta indagar en sus entornos inmediatos y sus familias; y, más allá, en el entonces espacial e histórico de Edelgard, en la Alemania de la II Guerra Mundial y, sobre todo, en la inmediata posguerra. Todo ello encastrado al contrapunto que es el proceso de reconstrucción de todas las vidas mencionadas y la propia elaboración de la novela.

La intención del autor con esta arquitectura de superposiciones es que los personajes cobren nueva vida, ahora permanente, en el texto. En la realidad, ya no queda nada de Edelgard y José, salvo sus cartas y sus diarios, pero ahora cuentan con un elemento nuevo: esa reconstrucción de su propia perspectiva existencial en aquel mundo.



Edelgard Lambrecht, que tuvo una relación con el poeta español José Fernández-Arroyo. A la derecha, una imagen de la guerra. - EL NORTE

La intención del autor con esta arquitectura de superposiciones es que los personajes cobren nueva vida

El propósito inicial del autor, que se formula de forma explícita ('El sueño de José convertido en mi propio sueño') hace que se produzca una transferencia eficaz del punto de vista y que en el planteamiento documental se integre el componente autobiográfico.

En efecto, Abella suma la función de narrador en primera persona con la de personaje motor de la búsqueda documental. Sin planteamientos maniqueos, a lo largo del texto conviven momentos de gran crudeza -acontecimientos bélicos y sufrimientos de los persona-

jes- con otros de intento lirismo, en especial algunas de las cartas de Edelgard o ese último capítulo 'Al otro lado'.

Como cabía esperar en un documento narrativo de este alcance, las cuestiones morales abundan tanto como los interrogantes acerca de la ética de las conductas. En ocasiones, Abella llega a reflexionar sobre la propia novela que está escribiendo y se plantea cuestiones acerca del derecho, la necesidad o la oportunidad de escribirla, una nueva vuelta de tuerca que afirma el espesor de una narración donde el autor no ahorra nada en su intención de cindir de sondear esa época

Las cuestiones morales abundan tanto como los interrogantes acerca de la ética de las conductas

desde una vertiente que ha sido, quizás lo sea todavía, para la reconstrucción de la historia europea del siglo XX en la memoria colectiva.

Tampoco el título de la obra es baladí y encierra un doble sentido. Por un lado, el que se manifiesta en la portada mediante el contraste entre dos imágenes: la alegría de las niñas que portan símbolos nazis y la seriedad de Edelgard. Pero, por otra parte, Edelgard sufre una enfermedad masculina, una de cuyas manifestaciones es la imposibilidad de soñar, dato aprovechado por el autor. Abella es médico de profesión y llega aquí a apasionarse por el diagnóstico de la enfermedad de Edelgard -para elevarlo a esa categoría de símbolo central y definitivo en la narración. La investigación de la enfermedad constituye, así, una de las líneas narrativas apasionantes, en especial cuando sus efectos condicionan la relación entre Edelgard y José.

Esa visión plural, casi de prisma cinematográfico, continúa en la coexistencia de diversos narradores que se van cortando el paso hasta ofrecer una ductilidad extraordinaria que permite al lector hacerse cargo del relato a partir de una galería de modulaciones: José y Edelgard en su correspondencia; los informantes externos de asuntos concretos (que poblaron un nutrido apartado de agradecimientos) y el propio autor, convertido en narrador con esa doble función de testigo y de protagonista en primera línea.

Así, la documentación exigente de episodios fundados en pruebas de veracidad histórica se alia con la propia historia de los dos protagonistas en una especie de segundo grado de verdad. Todo ello en la ardua tarea, pero ya necesaria a estas alturas del milenio, de volver a reconstruir el escenario horrible y lleno de ignominiosos excesos que acusan sin indulgencia y desde otra latitud a la condición humana, tal como en tantos otros ejemplos de literatura de campaña donde el Bien y el Mal se han repartido limpiamente (¿?) de otra manera, más simpática y también injusta. No ocurre eso en *La sonrisa robada*. José Antonio Abella ha conseguido hacerlos a cada lector volver a revisar esa radiografía, que parece clausurada, de una de las épocas más abominables del siglo XX, aquí reproducida con intensidad y nervios fríos a partes iguales. No debería pasar inadvertida esta narración que muestra la semilla oblicua del 'Mal' a través de esos seres inocentes.

Los que sufren la Historia

José Antonio Abella afronta en «La sonrisa robada» su mayor reto narrativo, conjugar una hermosa historia de amor con una denuncia sobre los vencedores de la II Guerra Mundial

BERNARDINO GONZÁLEZ PÉREZ

25/03/2013

Es José Antonio Abella (Burgos, 1956) autor conocido por sus cuatro novelas *Yuda* (1992), *La esfera de humo* (1995), *Crónicas de Umbroso* (2001), *La tierra leve* (2006) y por un libro de relatos de reciente aparición, *Unas pocas palabras verdaderas*. Pero es ahora, con *La sonrisa robada* (Ed. Isla del Naufrago, Segovia, 2013) cuando afronta su mayor reto narrativo hasta el

momento: conjugar una hermosa historia de amor con una denuncia documentada de los sufrimientos que los vencedores de la II Guerra Mundial infligieron a los alemanes vencidos.

A modo de espiral, como las sucesivos círculos que genera una piedra arrojada al agua de un estanque, el lector va descubriendo en la estructura de la novela la relación, fascinante y real, de una joven alemana, Edelgard Lambrecht, con el poeta español postista José Fernández-Arroyo; pero, como si no se conformara, el relato crece concéntrico hasta indagar en sus entornos inmediatos y sus familias; y, más allá, en el entorno espacial e histórico de Edelgard, en la Alemania de la II Guerra Mundial y, sobre todo, en la inmediata posguerra. Todo ello encarado al contraplano que es el proceso de reconstrucción de todas las vidas mencionadas y la propia elaboración de la novela.

La intención del autor con esta arquitectura de superposiciones es que los personajes cobren nueva vida, ahora permanente, en el texto. En la realidad, ya no queda nada de Edelgard y José, salvo sus cartas y sus diarios, pero ahora cuentan con un elemento nuevo: esa reconstrucción de su propia peripecia existencial en aquel mundo.

El propósito inicial del autor, que se formula de forma explícita (“El sueño de José convertido en mi propio sueño”) hace que se produzca una transferencia eficaz del punto de vista y que en el planteamiento documental se integre el componente autobiográfico. En efecto, Abella aúna la función de narrador en primera persona con la de personaje motor de la búsqueda documental. Sin planteamientos maniqueos, a lo largo del texto conviven momentos de gran crudeza –acontecimientos bélicos y sufrimientos de los personajes– con otros de intenso lirismo, en especial algunas de las cartas de Edelgard o ese último capítulo: “Al otro lado”.

Como cabría esperar en un documento narrativo de este alcance, las cuestiones morales abundan tanto como los interrogantes acerca de la ética de las conductas. En ocasiones, Abella llega a reflexionar sobre la propia novela que está escribiendo y se plantea cuestiones acerca del derecho, la necesidad o la oportunidad de escribirla, una nueva vuelta de tuerca que afina el espesor de una narración donde el autor no ahorra nada en su intención decidida de sondear esa época desde una vertiente que ha sido –quizás lo sea todavía– tabú para la reconstrucción de la historia europea del siglo XX en la memoria colectiva.

Tampoco el título de la obra es baladí y encierra un doble sentido. Por un lado, el que se manifiesta en la portada mediante el contraste entre dos imágenes: la alegría de las niñas que portan símbolos nazis y la seriedad de Edelgard. Pero, por otra parte, Edelgard sufre una enfermedad muscular, una de cuyas manifestaciones es la imposibilidad de sonreír, dato aprovechado por el autor –Abella es médico de profesión y llega aquí a apasionarse por el diagnóstico de la enfermedad de Edelgard– para elevarlo a esa categoría de símbolo central y definitivo en la narración. La investigación de la enfermedad constituye, así, una de las líneas narrativas apasionantes, en especial cuando sus efectos condicionan la relación entre Edelgard y José.

Esa visión plural, casi de prisma cinematográfico, continúa en la coexistencia de diversos narradores que se van cortando el paso hasta ofrecer una ductilidad extraordinaria que permite al lector hacerse cargo del relato a partir de una galería de modulaciones: José y Edelgard en su correspondencia; los informantes externos de asuntos concretos (que pueblan un nutrido apartado de agradecimientos) y el propio autor, convertido en narrador con esa doble función de testigo y de protagonista en primera línea.

Así, la documentación exigente de episodios fundamentados en pruebas de verdad histórica se alía con la propia historia de los dos protagonistas en una especie de segundo grado de verdad. Todo ello en la arriesgada tarea, pero ya necesaria a estas alturas del milenio, de volver a reconstruir el escenario horrible y lleno de ignominiosos excesos que acusan sin indulgencia y desde otra latitud a la condición humana, tal como en tantos otros ejemplos de literatura de campaña donde el Bien y el Mal se han repartido limpiamente (¿?) de otra manera, más simplificante e injusta. No ocurre eso en *La sonrisa robada*. José Antonio

Abella ha conseguido hacernos a cada lector volver a revisar esa radiografía, que parecía clausurada, de una de las épocas más abominables del siglo XX, aquí reproducida con intensidad y nervios fríos a partes iguales. No debería pasar inadvertida esta narración que muestra la semilla ubicua del Mal a través de esos seres inocentes.

La tormenta en un vaso

UN BUEN LIBRO CADA DÍA

Ignacio Sanz

7 de febrero de 2013

¿Con qué ingredientes ha de contar una novela para convertirse en extraordinaria? Yo no lo sé y sospecho que no es fácil dar con la respuesta. No hay recetas ni fórmulas. Además de una trama interesante ha de contar con un estilo arrebatador. Por supuesto. Y estar escrita con el corazón. Pero, repito, no hay recetas. Soy alérgico a las novelas de muchas páginas. Y la que suscita este comentario tiene más de seiscientas. Para mí una barbaridad. “La sonrisa robada” relata episodios de la Segunda Guerra Mundial. Eso ya lo sabía porque el autor ha pasado tres años de encierro, sin hacer apenas vida social, absorto en la escritura de su novela, medio ausente de una tertulia literaria que luego, curiosamente, se cuela en sus páginas.

Lo cierto es que al día siguiente de comenzar su lectura, cuando la acabé sin hacer casi otra cosa, llamé al autor para decirle que tenía un sentimiento contradictorio, por un lado había cumplido un objetivo pero, al mismo tiempo, me sentía desalojado, huérfano de una historia amarga, devastadora, sí, pero hipnótica. Pocas veces había sentido, como lector, una sensación parecida.

Me pregunto si mi amistad con el autor puede haber condicionado la lectura. Es posible, pero imagino que no hasta ese extremo. Caen con frecuencia obras de amigos en mis manos y, a veces, no consigo pasar de las primeras páginas. Soy conocido por mis juicios descarnados. ¿Por qué me he merendado en dos días las más de seiscientas páginas de este libro? Quiero pensar que es la inercia que genera la propia lectura lo que me ha ido arrastrando. Y qué curioso, ya al final, cuando me quedaban apenas cien páginas, tuve la extraña sensación de que estaba a punto de ser desalojado de un reino.

Detrás de “La sonrisa robada” se esconde un estilo poderoso y arrollador. Lo que cuenta, con pequeñas variantes, lo hemos visto cien, mil veces en documentales y en películas que recrean diferentes episodios de la Segunda Guerra Mundial, aunque casi siempre desde la óptica de las tropas aliadas. También hemos leído diarios, cuentos y novelas que nos han horrorizado por el cúmulo de atrocidades. ¿Qué late, entonces, en “La sonrisa robada” para que me empu-

jara por ese terraplén al que me vi lanzado? Posiblemente lo que late es una verdad poética y una rabiosa modernidad que hace que el lector se vea arrastrado por una pendiente abajo.

José Fernández-Arroyo es un viejo poeta postista de origen manchego, amigo de Arrabal, que ha quedado en las márgenes de la historia de la Literatura. Desde la adolescencia fue reflejando su vida en un diario. Una parte de ese diario salió publicado con el título de "Edelgard, diario de un sueño" que recoge, entre otras cosas, cinco años de una intensa correspondencia con una muchacha alemana. Poco a poco, por correspondencia, se declaran su amor y la temperatura va subiendo de grados en la distancia. Estamos en los primeros años cincuenta, poco después de la guerra y sus devastaciones. Recuerdo que la lectura de aquel diario me tuvo despierto hasta las cuatro de la mañana. El colofón de aquel noviazgo apasionado lo puso un viaje en autostop desde Madrid hasta Flensburg.

Lo que hace ahora Abella, amigo de Fernández-Arroyo, aunque treinta años más joven, es seguir el rastro de aquella muchacha y el de su familia para descubrirnos los entresijos de aquella relación. Y ahí empieza la aventura, en el viaje, en los viajes reales que el propio Abella hace a Flensburg para el acarreo de datos con los que armar el rompecabezas. Por ello se trata de una novela documental, con escasos vuelos imaginarios. No son necesarios cuando la realidad nos estremece. Sus amables informantes le cuentan historias que hielan el corazón. Ahí radica la fuerza, en el viaje, en los viajes, y en las historias que va allegando y que se entretajan con la correspondencia de Fernández Arroyo. De tal modo que, al final, es el propio novelista, el doctor Abella, médico rural y novelista, residente en Segovia, el protagonista involuntario de esta novela que conforme avanza, a la chita callando, alcanza carácter de alegato contra la guerra, que habla de la estupidez de los idealismos, de sus contradicciones, que pone en solfa tantas barbaridades cometidas precisamente en nombre de la pureza de los fanáticos. Por supuesto, fanáticos de uno y de otro lado. Abella no se queda a estas alturas, en una crítica a los nazis ni a la brutalidad gratuita de la tropas aliadas; ni siquiera hacia los propios judíos que aparecen poco después de la guerra, los escasos que han conseguido salvar el pellejo, aplicando el mandato divino del "ojo por ojo". No, "La sonrisa robada" nos lleva más allá de las causas y de los posicionamientos convencionales. De ahí que su lectura resulte conmovedora.

Por supuesto que podemos encontrar antecedentes en su mecanismo constructivo. "Soldados de Salamina" o "La velocidad de la luz", ambas de Javier Cercas, participan del mismo engranaje y de parecido estilo arrollador, ese estilo que empuja al lector por esta larga travesía como si acabara de hacer una placentera excursión de fin de semana, pero cuyo recuerdo va a perdurar en su memoria por mucho tiempo. Porque el horror que se describe no se olvida fácilmente. Y porque Fernández-Arroyo y Edelgard, así como los múltiples personajes que nos salen al paso, aparecen retratados con el magisterio de un escritor que avanza por un túnel, palpando en medio de la oscuridad mientras busca destellos de luz, un escritor conmovido por sus hallazgos que nos hace partícipes de su propia perplejidad.

Sobre el autor se ha escrito...

Abella

José A. Gómez Municio / EL NORTE DE CASTILLA

Este lunes José Antonio Abella recibió en el Casino de Madrid el primer premio de uno de los certámenes de relatos más veterano y prestigioso de nuestro país, el Hucha de Oro. El prestigio de este premio no tiene que ver con cuestiones extraliterarias sino con el jurado, que es sin duda el que marca la calidad literaria de un certamen, la auténtica prueba del nueve, el algodón que no engaña. Y en este concurso el jurado estaba formado por escritores de peso, como Luis Mateo Díez, José María Merino, Luis Landero y Manuel Longares. Casi nada. Gente que pertenece al equipo más hondo del mundo literario, que sabe de lo que habla cuando habla de literatura, escritores a los que le importa un bledo la parte mediática del asunto y que tiene muy claro que escribir es hacer un trabajo sobre el lenguaje, pero también tener algo que decir, algo que esté arraigado en el corazón de los hombres, y en su memoria. Y esa podría ser una buena definición de la obra literaria de Abella.

Cualquiera que haya leído 'Yuda', uno de los grandes libros de Abella, y probablemente uno de los cinco mejores que se han escrito sobre Segovia en el pasado siglo, puede comprobar que Abella es un escritor de raza y de una sensibilidad extrema hacia el lenguaje y hacia la memoria. Entiendo qué habrán encontrado escritores como Longares o Landero en la prosa de nuestro vecino segoviano, algo que no se encuentra en las redacciones al uso que muchas veces se hacen pasar por literatura, ni en los fuegos de artificio que otros necesitan para mostrar la complejidad del mundo: claridad, hondura, capacidad de sugerencia, y una profunda humanidad, que es algo complicadísimo de encontrar. Y un brillo especial, también, junto a cierta melancolía en esa mirada suya que está llena de verdad. A esto se une un férreo trabajo literario aparentemente invisible: se diría un tópico cuando se habla de un escritor que esculpe, pero su relato premiado, 'El fin de las palabras', parece cincelado, como si cada palabra o cada frase hubiera sido trabajada durante días, pulida y despojada de todo aquello que fuera innecesario.

Abella es uno de los grandes creadores y pensadores que no sólo habita entre nosotros sino que conoce como pocos el alma de Segovia, tanto de la ciudad como de sus habitantes, con sus brillos y sus oquedades. Lo ha demostrado en sus obras, y en ese cuaderno didáctico que es una excelente introducción a la historia y el aire de Segovia, 'Balcón de la mirada', que puede conseguirse en la Oficina de Turismo del Azoguejo. Desde su castillo encantado a los pies de otro castillo, el Alcázar, Abella lleva años tejiendo una obra muy sólida no sólo en el campo de la literatura, sino también en el de la escultura. Suyo es, por ejemplo, ese pastor que nos da la bienvenida en la rotonda de la Nueva Segovia, cuando llegamos de Madrid, y que se ha convertido ya en un icono local (incluso se le ha convertido en personaje animado en una pu-

blicidad televisiva, circunstancia que indica que ha sido ya acogido como suyo por el imaginario colectivo).

Decir que Abella es una bellísima persona es algo que sin duda entra de lleno en la faceta personal, pero no debemos callarlo en unos momentos en los que la calidad personal cada vez se afirma más como lo único que nos queda y que nos puede salvar de todos los naufragios, de los personales y los colectivos, de los públicos y los privados. Y, no sé por qué, al evocar a Abella en estas páginas de EL NORTE no puedo por menos que recordarle junto a Jorge de Ortúzar, escritor, músico, conversador cálido y cordial, otro de esos pocos seres humanos capaces de pasar de un arte a otro con facilidad, como el propio Abella, y de convertir, inconscientemente, sin querer, su vida en una obrita de arte. Los que tuvimos la suerte de verlos juntos, compartiendo lecturas, ingenios y cariños con otros escritores, pintores y amigos, ahora sabemos que fuimos unos privilegiados. Tal vez no lo sabíamos entonces, pero recordáramos esos encuentros gozosos como alguno de los mejores y más ilusionantes momentos de nuestras vidas. De todo este gozo de la memoria habla también Abella. Ojalá todos podamos leer el cuento premiado. Enhorabuena, Abella.

Características de la edición



LA SONRISA ROBADA. ISBN: 978-84-937965-6-3. Fecha de edición: enero de 2013. Género: novela documental. 634 páginas. 21,5 x 14 cm. Papel ahuesado. Encuadernación en cuadernillos cosidos. Cubierta con solapas en cuatricromía, plastificado mate. 22 fotografías en páginas interiores. Guardas especialmente diseñadas para esta edición. PVP: 20 euros.

Adquisición exclusiva por internet en:

www.isladelnaufrago.com

ENVÍO GRATUITO

Dos capítulos de la novela pueden ser leídos en:

<http://www.isladelnaufrago.es/LaSonrisaRobada.html>